

BALADA.



CUANDO la noche oscura
Tiende sus sombras,
Y en lúbricos festines
Los ricos gozan;
Doliente y pálida,
Muere una pobre madre
Desamparada.
Sin comprender su pena,
Feliz y alegre,
Un candoroso niño
Juega inocente.
Y en su agonía
Oye la pobre madre
Su dulce risa.
Brilla entre tanto el rayo
Y el viento arrecia.
La madre da un gemido
Y el niño juega.
¡Dichosa infancia!
Triste la madre expira,
Y el niño canta.

México.—1864.



Á ELENA.



CUANDO al fin en mi senda, Elena mía,
Compasiva te puso la fortuna,
A la tierra la noche descendía,
Y en el espacio azul se sonreía
Melancólica y pálida la luna.
Hermosa y triste como nunca estabas;
Y al decirte temblando mis amores,
Con ternura infinita me mirabas,
Y con dulce tristeza suspirabas
Reclinada y oculta entre las flores.
Con su luz indecisa, dulcemente
Alumbraba la luna la espesura,
Y al reflejar sus rayos en tu frente,
En los tersos cristales de la fuente
Retrataba tu espléndida hermosura.

Yo amo siempre la noche, Elena mía,
Porque la aurora fué de mis amores;
Este grato recuerdo es mi alegría,
Y desde entonces sueño noche y día
Con la luna, y las fuentes, y las flores.

Desde entonces, Elena, cuando siento
Que me olvida traidora la fortuna,
Y exhalo ya mi postrimer aliento,
Para hallar un consuelo á mi tormento
Al campo voy á contemplar la luna.

Desde entonces, llorando silencioso
Al sentir que me abrumba de dolores
El adverso destino riguroso,
Como pensando en tí soy venturoso,
Para pensar en tí busco las flores.

Y al sentirme de penas oprimido,
Porque siempre en mi vida está presente
La triste imagen de mi edén perdido,
Como pensando en tí todo lo olvido,
Para pensar en tí voy á la fuente.

Desde entonces oculto en la espesura
De la luna me encuentran los fulgores,
Porque son mis recuerdos mi ventura,
Y desde entonces amo con ternura
A la luna, á las fuentes y á las flores.

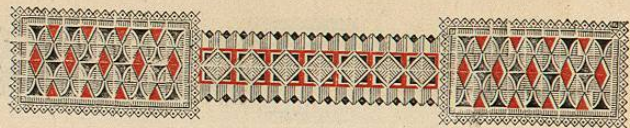


Á LA MUERTE.

SONETO.

Tú eres piadosa y justa, porque igualas
En el silencio de tu sombra oscura,
Al mendigo, y al rey, y á la hermosura,
Tornando en polvo sus mentidas galas.
¿Por qué si el fin del padecer señalas
Tiembla al mirarte el hombre con pavura?
Qué, ¿no sabe que se halla la ventura
Bajo la dulce sombra de tus alas?
Yo anhelo la quietud de tu reposo;
Pues una voz me dice que te espere
Cual se espera á un amigo cariñoso.
He aquí mi corazón, míralo, hiere;
Yo no temo tu aspecto pavoroso,
Porque algo siento en mí que nunca muere.





PIENSA EN MÍ.

Al sentirme de penas abrumado,
Busco siempre este sitio retirado,
Porque la dulce paz se encuentra aquí.
En esta melancólica espesura
Puedo á solas llorar mi desventura
Y á solas con mi amor pensar en tí.

Es la hora postrera de la tarde,
Ya el moribundo sol apenas arde,
Y una vaga tristeza se respira;
¡Ay, si por mí de amor tu alma suspira,
Como suspiro yo lejos de tí,
En esta hora que el amor inspira,
Un momento á lo menos piensa en mí!

La noche extiende su estrellado velo,
La luna brilla en el azul del cielo
Como la vez postrera en que te ví:

Con tristeza infinita suspirando
Sin cesar á la luna estoy mirando,
Y al mirarla tan bella pienso en tí.

¡Ay! si á despecho de la ausencia impía
Eres siempre la misma, Elena mía,
Si comprendes y sientes lo que siento,
Si allá sobre el azul del firmamento
Brilla la luna como brilla aquí,
Fija en ella tus ojos un momento,
Y un momento á lo menos piensa en mí.

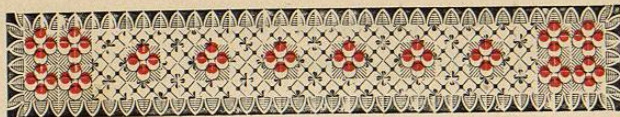




AISLAMIENTO.

SONETO.

Sin fe, sin paz, sin esperanza alguna,
Voy pasando la vida hora tras hora;
Solo y llorando me dejó la aurora,
Y triste y solo me hallará la luna.
Cuando el sol con sus rayos importuna,
Nunca encuentro una sombra protectora,
Ni una mano desarma bienhechora
El bárbaro rigor de mi fortuna.
Nadie comprende mi dolor sombrío,
Y á mi choza al volver, nadie me espera,
Ni goza nadie cuando yo sonrío.
Triste y solo me encuentro en donde quiera,
Nadie enjuga piadoso el llanto mío,
Y nadie llorará cuando me muera.



Flores y Espinas.

Á LA SEÑORITA ***



En el desierto triste
Donde caminas,
Todas las flores, niña,
Tienen espinas.
Y en los amores,
Son las espinas siempre
Más que las flores.

Yo en mi camino he visto
Mágicas rosas
Como la luz brillantes,
Como ella hermosas.
¡Flores divinas!
¡Ay! pero en cada rosa
Cuántas espinas!

Nunca un placer eterno
Gozar esperes,
Pues como son las flores
Son los placeres.
El alma agitan,
Le dejan sus espinas,
Y se marchitan.

La juventud ardiente
Placer delira,
Y un paraíso sueña,
Pero es mentira.
Pasan los años,
Y al corazón abruman
Los desengaños.

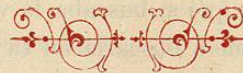
Cuando á halagarme vino
La edad florida,
Yo como tú juzgaba
Placer la vida.
¡Fugaz encanto!
La dicha está en el cielo,
La vida es llanto.

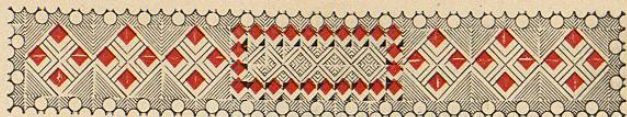
No pienses, niña hermosa,
Que el desconsuelo
Quiero arrojar en tu alma:
Permita el cielo
Que nunca llores,
Ni las espinas sientas
Que hay en las flores.

Tú eres el dulce sueño
De la fortuna;
Tienes una alma blanca
Como la luna
Que hermosa sube
Por el azul del cielo
Sin una nube;

Tú eres modesta y tierna
Como paloma;
Tú de las flores tienes
El dulce aroma;
Y en tu inocencia,
Como tu faz hermosa
Ves la existencia;

Pero la vida es triste,
Triste desierto,
Todo en su espacio es sombra,
Todo es incierto.
¿No lo adivinas?
No hay en la vida, niña,
Flor sin espinas.





A HORTENCIA.

SONETO.

BUSQUÉ en la juventud, que dulcemente
Por la primera vez me sonreía,
Felicidad eterna y alegría,
Y encontré el desengaño de repente.
En el placer busqué con ansia ardiente,
En medio del horror de mi agonía,
Felicidad eterna, Hortencia mía,
Y encontré el desengaño solamente,
Buscaba una ilusión en mi amargura,
Y hallé siempre la tierra desolada
Triste entre sombras como noche oscura.
Felicidad busqué sin hallar nada. . . .
¡Ay! ¿por qué si buscaba la ventura
Nunca vine á buscarla en tu mirada?



EL OTOÑO.

A MI QUERIDO PRIMO Y AMIGO, FRANCISCO MÁRQUEZ
MORENO.

URISTES están los bosques, desierta la llanura,
Doliente entre los sauces suspira el ruiñeñor,
Fugaz el viento gime llorando en la espesura;
Se siente una tristeza que oprime el corazón.

Marchitas entre el césped, cual la existencia mía,
Rodando van las flores, orgullo del verjel;
Fué su hermosura rápida cual la ilusión de un día,
Y huyó también su dicha para jamás volver.

Como el recuerdo amargo de efimeros amores,
Muy tristes ¡ay! las horas en el Otoño son:
Los últimos perfumes y las postreras flores,
Son tristes para el alma como el postrer adiós.

Ya en las musgosas rocas la fuente no suspira,
Las aves en bandadas se alejan por doquier;
Triste á la vez y bella naturaleza expira,
Y las marchitas hojas comienzan á caer.

¡Ay! agitada el alma por dulces sentimientos
Vagando entre recuerdos embelesada está:
No sé por qué me inspiran tan vagos pensamientos
Las sombras y la calma, la oculta soledad.

Se van al fin las horas del tiempo venturoso,
Como se va la dicha, como se va el amor:
Próximo está el invierno sombrío y pavoroso;
¡Ay! de la dicha va la amargura en pos.

Ayer la primavera radiante de hermosura,
Llenó el tranquilo ambiente de aromas y de luz,
Y hoy del Otoño adusto la triste niebla oscura
El corazón nos llena de duelo y de inquietud.

Así la dicha un tiempo con amoroso encanto,
Vertió sobre mi vida la gloria y el placer,
Y hoy en silencio, triste, voy derramando llanto,
Sin glorias, sin amores, sin ilusión, sin fe.

Cuando el invierno pase con todos sus rigores,
Alegres á los bosques las aves volverán,
Y volverán las brisas, y volverán las flores;
Pero ¡ay! mis esperanzas . . . no volverán jamás.

Tal vez cuando apacible llegue el Abril florido
A trasformar los valles en delicioso edén,
En las eternas sombras y en el eterno olvido,
El sueño de la tumba por siempre dormiré.

Ya para mí en la tierra no existe la ventura;
Ya el sol de la esperanza jamás me alumbrará;
Las nieblas del Otoño me llenan de amargura;
¡Adiós, postreras flores, adiós, felicidad!

México.—1864.





Á LAURA.

SONETO.

SONÉ que un ángel de gentil presencia,
Descendiendo del sol en los fulgores,
Vino al fin, de mi suerte los rigores
A calmar con su mágica influencia.
Con su voz de dulcísima cadencia,
“Ya no llores,” me dijo, “ya no llores;
“Porque vienen conmigo los amores,
“A llenar de placeres tu existencia.”
Soñé después que en actitud doliente,
Melancólico y tierno me veía,
Suspirando al mirarme tristemente.
Y el ángel melancólico tenía
Tus mismos ojos y tu misma frente,
Y tu misma sonrisa, Laura mía.

México.—1864.



Á UNA HUÉRFANA.

POR qué así de angustia llena
Lloras ¡oh niña! sin calma,
Si eres tan dulce y tan buena?
¿No sabes ¡ay! que tu pena
Me hace pedazos el alma?

No llores, niña, no llores,
Que causa á la vista agravios
Mirar el sol sin fulgores,
La primavera sin flores,
Y sin sonrisas tus labios.

¿Por qué tan triste reposas?
¿Por qué no corres ¡oh niña!
Siguiendo á las mariposas,
Entre el laurel y las rosas
De la risueña campiña?

¿Quién arrancó á tus cabellos
Las flores ¡ay! que amas tanto?
¿Quién al ver tus ojos bellos
En vez de mirarse en ellos
Vino á llenarlos de llanto?

¿En dónde está, niña hermosa,
Tu dulce madre amorosa?
¿Por qué con santa ternura
No viene á tí cariñosa
Para aliviar tu amargura?

¡Callas y lloras! ¡Dios mío!
Todo lo comprendo ya:
Se alejó del mundo impío,
Y en el sepulcro sombrío
Para siempre dormirá.

Murió la madre que adoras,
Y amargo llanto derramas,
Y amarga pena devoras;
Pero ¡ay! en vano la llamas
Y en vano su amor imploras.

Nadie tus pesares siente,
Ya no hallarás quien lamente
Tu desventura y tus penas,
Ni habrá quien ciña tu frente
De lirios y de azucenas.

En la orfandad y en el duelo
Vas á vivir, alma mía,
Sin ilusión ni alegría,
Sin más amparo que el cielo
Sobre la tierra sombría.

Ya no habrá quien verte anhele
Con amantes embelesos,
Ni hallarás quien te consuele,
Ni habrá quien tu sueño vele
Entre sonrisas y besos.

Cuando se acerque afanosa
La anhelada juventud
Con su sonrisa engañosa,
No habrá una voz cariñosa
Que te haga amar la virtud.

Y cuando en honda aflicción
Y en eterna agitación
Tu alma angustiada suspire,
No habrá, niña, quien te inspire
La santa resignación.

Nadie á una madre es igual:
Solo en su amor inmortal
Toda la dicha se encierra;
Pues no hay amor en la tierra
Como el amor maternal.

¡Con cuánto gozo, alma mía,
Tu dulce madre reía!
¡Con qué inquietud te buscaba!
¡Con qué ternura te amaba!
¡Con qué placer te veía!

Al oírte suspirar,
Se llenaba de pesar,
Y hubiera dado su calma,
Y la dicha de su alma
Por no mirarte llorar.

Era su bien tu presencia,
Y el placer de su existencia
Mirarse en tus ojos bellos,
Y acariciar tus cabellos,
Y bendecir tu inocencia.

Muchas veces suspirando,
Y con angustia pensando
En los peligros del mundo,
Te contemplaba llorando
Con sentimiento profundo;

Y al irse perdiendo el día
Entre la sombra y la luz,
De rodillas te ponía
Junto á la Virgen María
Que llora al pie de la Cruz.

En tí cifraba su anhelo,
Y eras su esperanza bella,
Y eras la luz de su cielo,
Y eras su amor, su consuelo
Nadie te amará como ella.

Llora tus dichas pasadas
Y vuelve á Dios las miradas;
Pues tierna piedad le inspiran
Las niñas desventuradas
Que por su madre suspiran.

Llora tu perdido encanto,
Llora su ausencia y su muerte;
Porque no hay en duelo tanto,
Ni quien enjague tu llanto,
Ni quien alivie tu suerte.

Nadie á una madre es igual;
Solo en su amor inmortal
Toda la dicha se encierra,
Que no hay amor en la tierra
Como el amor maternal.

México.—1864.

